

tares de Gesta y de las «prosas» de Gonzalo de Berceo.

Después, a la clase poco letrada de los nobles y siervos, se une la llana, propiamente mercantil, llamada burguesa por poblar las nuevas ciudades o burgos, que exige una literatura anecdótica, amena y que nosotros la vemos presidida por don Juan Manuel, autor de *El Conde Lucanor*.

Pero en el tercer momento en que puede dividirse la Edad Media, llamado casi por unanimidad «pórtico del Renacimiento», es cuando el público, seleccionado en las Cortes de los reyes, se deleitará con los poetas en cuya inspiración vibre la llamarada del amor y con los novelistas que de igual modo se quemén en la misma llama.

El mérito de estos lectores y propulsores de la literatura es grande. Recordemos que no hay imprenta y no hay escaparates de libros como ahora.

EL PUBLICO EN EL RENACIMIENTO

Goza de ese prestigio que da el deseo de saber y de saberlo todo. Va adquiriendo este público una cultura más amplia, porque se inventa la imprenta y llegan más libros a su poder. Y la paz, más o menos duradera y sólida, le proporciona otras aspiraciones literarias.

El público renacentista, que se iba forjando en las cámaras regias, pide, como los humanistas, la vuelta a la antigüedad y se complace en una poesía y prosa humanistas, en muchos aspectos de los cuales, Eros ya ce transido de dolor, huella imborrable que deja Petrarca en las literaturas europeas. Petrarca y Platón.

Pero el público de la primera mitad del xvi ve aumentadas sus pasiones, una vez que el freno religioso medieval va perdiendo influencias. Y esto se sacia con lecturas más

realistas. Hay que hacer gala de lo que se ve en la realidad: de la vida picaresca del hampa, de las costumbres licenciosas, lo que se observa en la Novela Picaresca, que a su vez puede verse combatida por la religiosidad del público en el reinado de Felipe II. Esta religiosidad, que va a ser una de las notas más características de nuestra literatura, está representada por la Ascética y la Mística.

EL PUBLICO EN EL BARROCO

Es la primera vez que se empieza a escribir para una minoría, prescindiendo de la masa. Esta preocupación por no llegar a todos o por mejorar el ropaje de la poesía, viene desde Juan de Mena y llega, pasando algunas lagunas, hasta Juan Ramón Jiménez, quien, como todos sabemos, dedica sus libros a la «gran minoría».

Los autores quieren divorciarse, en cierto aspecto, del público, al que despectivamente se le califica de vulgo, como lo confirma Aubrey F. G. Bell, quien, en su estudio del Renacimiento español, tiene un capítulo entero dedicado a esta actitud.

A pesar de estos intentos, el público no se divorcia de la literatura en esta época. Azorín, en su libro *Valencia*, y hablando del «Arte nuevo de hacer comedias» lopesco, dice que el vulgo no era necio en los tiempos de Lope. En efecto; venía bien preparado de la falsa paganidad anterior para entender la cargazón mitológica de un Góngora, y, por contraste, era católico práctico, con excelente cultura teológica, para entender aquellos autos sacramentales, cuyo esplendor se debe a esos momentos en que él mismo parece pedir la literatura simbólica y difícil.

Claro que siempre hay ese sector del público que no quiere elevarse ni dignificarse, contentándose sólo con pisar la tierra por